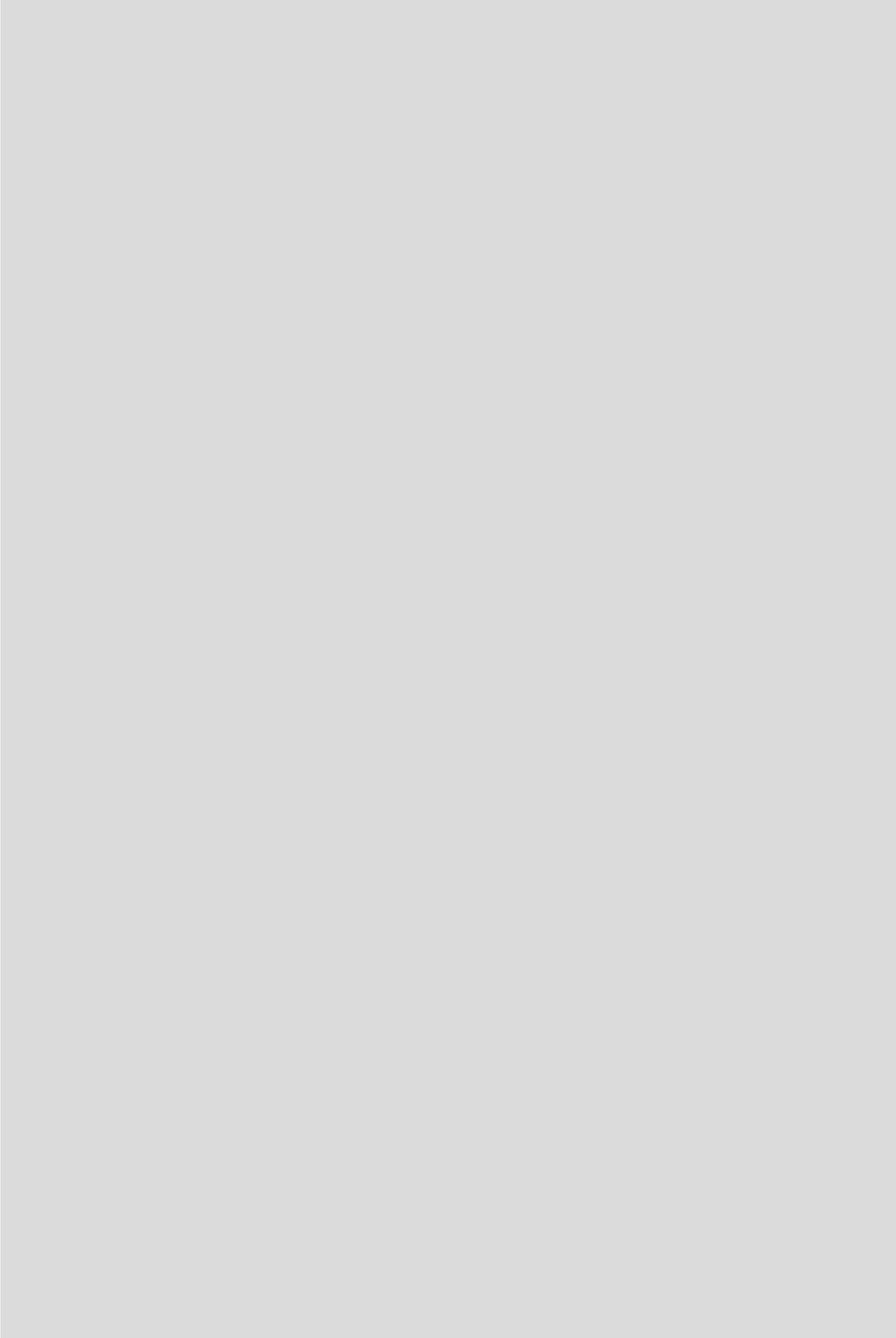


ESTO ES TODO

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

ESTO ES TODO

Qué hago mirando la lluvia

si no llueve.

Karmelo C. Iribarren

La felicidad no es otra cosa que la coincidencia del mayor número de circunstancias favorables.

Julio Ramón Ribeyro

En un mensaje de wasap del 14 de mayo de 2019 que leí sin querer en su móvil mi mujer escribió: *Pues el mío ya se puede poner las pilas pq como siga en este plan no tardando me uno a tu club.* Se lo enviaba a una de las madres del grupito de madres de nuestro primogénito con las que mi mujer se veía habitualmente. Una de ellas se había divorciado a finales del año anterior. Y ya era la segunda. Nada más leerlo me recorrió un escalofrío.

¿Y en qué plan seguía yo? ¿Qué probabilidades había de que acabase como el cónyuge de la amiga de mi mujer? Al menos aún no había salido de su boca la fatídica frase "tenemos que hablar". A lo mejor era porque andaba tan liada que no encontraba el momento. A lo mejor todo era un farol. Un amigo me contó que cuando su pareja le decía esa frase evocaba con pavor el filo brillante y frío de una guillotina. Y con razón, pues la última vez que se la escuchó fue para comunicarle que se quería divorciar.

Los instantes recordados (1989), Lito Vitale

Los instantes recordados era una composición que me había acompañado durante buena parte de mi vida, aunque en los últimos meses la escuchaba demasiado, sobre todo cuando estaba a solas. Creo que pocas veces título y música habían cuadrado tan bien. La descubrí de chiripa en una emisora de radio al comienzo de la década de los noventa del siglo anterior. Poco después una compañera de universidad que tocaba la flauta travesera en un grupo de folk me la grabó en una de esas cintas TDK de entonces, junto a otros temas del músico argentino. Tirado en la cama en aquellas tardes interminables de domingo, preferentemente lluviosas, en las que sobrellevaba una perdurable resaca, la ponía una y otra vez mientras me derretía en la más completa abulia. Me sentía desaparecer. Atardeceres de domingo, yo os maldigo.

Tres décadas y dos hijos después ya no necesitaba un ocaso con mal cuerpo para escuchar machaconamente a Lito Vitale, sólo que ahora no sé por qué me entran unas ganas enormes de echarme a llorar. Me embarga una abrumadora sensación de que ya está todo vivido, de que ya no queda nada salvo recoger los trastos y salir a hurtadillas. Juego terminado, caballero. Fin de la partida. Telón abajo.

Claro que recordaba instantes, muchos instantes... En la actualidad, sin embargo, contemplaba a mi mujer y no la reconocía, se había convertido en una extraña. Nuestro matrimonio se marchitaba a ojos vistas, iba a la deriva, y por lo leído en ese mensaje con visos de naufragio. Los piñones que habían engranado a la perfección empezaban a estar peligrosamente desgastados. Necesitábamos con urgencia una puesta a punto. Una renovación. Pero antes tocaba dar con un culpable, un culpable útil y a mano. De ahí su wasap. Como si fuera un malabarista con sus platos giratorios, presenciaba los equilibrios de mi mujer con su vida entre admirado y estupefacto. El plato del trabajo profesional, el de madre, el de las amistades... Y allá, al final, al final del todo, veía mi pobre plato, a punto de caerse, el marido, el compañero de fatigas, el amante al que apenas si se arrimaba. Sí, ése era yo. ¿O no? Bueno, eso daba igual porque yo así lo sentía.

Hasta la fecha no he tenido muchas quejas en la aventura de mi paternidad. Con catorce y once años de edad, han sido buenos chicos, poco problemáticos. Y están sanos, algo que procuro no olvidar nunca. Porque los hijos, que al principio son un motivo capital para consolidar relaciones de pareja, también propician su desgaste y su aniquilación. A menudo me imagino cómo hubiese reaccionado si me llegan a dar unos primeros años complicados. Absteniéndome de mis obligaciones, me veía saliendo por piernas, alistándome en la legión extranjera, de voluntario en una oenegé en el culo del mundo. Para el primer embarazo hubo consenso y entusiasmo. El segundo hijo ya fue cosa de mi mujer. Yo lo consideraba excesivo, en todos los aspectos, pero luego tampoco opuse mucha

resistencia, me dejé llevar. Siempre he tenido tendencia a dejarme llevar. Soy conformista, me acomodo con facilidad; será por mi vocación de remolque, por mi condición de persona poco diestra y de escasos recursos para bandearse en la vida. "Un indolente, un timorato, un apocado, eso es lo que eres", me reprocha mi mujer cuando se cabrea conmigo. De acuerdo, las cartas boca arriba: estoy desganado, fané. Todo lo noto gastado, sin brillo. Todo, casi todo, me resulta desalentador. Sé que debería, pero no encuentro alegría en la maravilla de despertar un día más vivito y coleando. Me había vuelto una persona huraña y malhumorada; una caricatura de lo que fui. Hace mucho que no encaro el día con un silbido o un tarareo; al presente para casi todo hay un gruñido, un portazo. Es como si mi existencia se hubiese convertido en un manojo de arrepentimientos y frustraciones, desagradable como un pelo en la boca, incómoda como una china en el zapato.

Tampoco ayudaba mi empleo de administrativo, incierto, de sueldo magro y carente de interés, en el que me cocía desde los inicios. No le saco ninguna satisfacción a mi jornada laboral, ni siquiera eso tan manido del trabajo bien hecho. Ya ni recuerdo cuándo desaparecieron las opciones de ganarme la vida con algo que me guste o que me produzca un mínimo de ilusión.

El caso es que cuando llegábamos apurados a fin de mes y no teníamos hijos y no íbamos de vacaciones a ningún sitio de moda en julio o en agosto ni comíamos ocasionalmente en restaurantes que nos recomendaban, éramos más felices. O la convivencia era más armoniosa y estable. En aquellos tiempos sentía que mi mujer, al tirar de mí, me hacía mejor persona. Menos mezquino. Menos cínico. Menos encogido. Menos tocapelotas. Aunque me parezca increíble, hubo una época en la que fui un tipo ingenuo, ingenuo pero protestatario y vehemente; lástima que enseguida me diese cuenta de la inutilidad del esfuerzo, del agotamiento que suponía.

¿Por qué apenas disfruto del transcurrir tranquilo, monótono y anodino de los días? ¿Por qué ya no sé valorar el beneficio invisible de que realmente no me pase nada? ¿Por qué todo me resulta inane y opaco? ¿Me he convertido en otro tipo más de mediana edad agobiado por el desengaño que le provoca el insidioso aburrimiento de su vida? ¿Así que era verdad que todo esto llegaba, que no se trataba de un cliché de literatos existencialistas? ¿Me preocupo y me quejo sin motivo? ¿Resultado patético porque soy de los que prefieren la certeza a la esperanza?... Preguntas que se agolpan en mi cabeza y me atosigan como la peor de las jaquecas.

Y eso que con toda su mejor intención mi mujer organizó, con la ayuda de mi hermana y sin escatimar gastos, una fiesta por mi medio siglo de vida a finales de 2018, yo, que le había reiterado que no deseaba ninguna celebración especial. Y era cierto. Vivía por entonces en tal estado de

ensimismamiento y confusión que no llegué a barruntar nada, con lo que la sorpresa fue del tamaño de mi apuro. Contrató un grupo de *country rock* para que tocara en un pub que alquiló por varias horas y al que acudieron de aquí y de allá, con el ánimo apropiado, casi todos mis amigos y conocidos y algunos familiares. Un montón de gente. Demasiada. Lejos de emocionarme, al estupor inicial llegaron las ganas de huir de allí, de aislarme, misión imposible a todas luces. Lo suplí con el rápido trasiego de chupitos de vodka a palo seco que me dejaron para el arrastre, cogí tal tajada que una hora después estaba tirado hecho un guiñapo en uno de los sofás junto a la pista de baile y las mesas con comida. A la mañana siguiente me levanté con la pertinente resaca, y tras la bronca de mi mujer por mi infame comportamiento, agravado porque me había puesto en evidencia delante de nuestros hijos, me vi en la obligación de escribir una disculpa cuajada de excusas y agradecimientos en el grupo de wasap que ella había creado meses atrás a propósito de mi cumpleaños. No acabó ahí la cosa, pues estuvo de morros conmigo durante varios días aunque desistí de hacerle comprender que esa fiesta no era lo que yo quería ni lo que yo necesitaba.

Estoy en un punto en el que ya no me alivia ni el epicureísmo de Montaigne. Leía, y leo aún, todas las noches unas cuantas páginas de sus ensayos (me los regaló mi mujer en una nueva y costosa edición) como si fueran un lenitivo, y aunque disfruto de sus sabias reflexiones y acertados consejos, no me están surtiendo ningún efecto. Vivo la paradoja de que en esta sociedad global informatizada con millones de conexiones humanas yo cada día me siento más desconectado, como si habitara en tierra de nadie. Tiendo al aislamiento voluntario, quizá porque últimamente apenas disfruto cuando estoy en compañía. Somos seres sociales, pero de ahí a tener nuestro ocio cargado de encuentros con otra gente que a veces ni me va ni me viene, hay una gran diferencia. Parece que demandamos y buscamos, mi mujer muchísimo más que yo, vivencias extras para poder sobrellevar el tedio, como esos estudiantes que necesitan de clases adicionales para aprobar una asignatura. Ya no nos valemos por nosotros mismos como al principio, con nuestra saludable distancia, con nuestro espacio privado pero repleto de intereses comunes.

Tiny Tears (1995), Tindersticks

Así como Tony Soprano se desmoronaba con *Tiny tears* de fondo en uno de los episodios de la primera temporada, así yo había sucumbido con esa misma canción al desconcierto y el esplín más agudo, aunque a diferencia del capo de Nueva Jersey en mi caso el detonante no había sido una familia de patos que abandonaba mi piscina.

La promoción de mi mujer en el departamento jurídico de su empresa, una gran empresa extranjera; ése creo que había sido el detonante. Era la

oportunidad que había estado esperando durante mucho tiempo y que se había ganado a pulso. Por mi parte, ya está dicho, hacía años que la relación con mi trabajo era un desastre, aunque apenas si había hecho algo por mejorar mi estatus, con lo que alimentaba una constante y desazonadora sensación de fracaso, una sensación de afrenta. A mi inseguridad congénita y a la falta de confianza en mí mismo, las circunstancias tampoco habían sido las indicadas para que uno se lanzase a la aventura personal del emprendimiento. La hipoteca primero, los hijos más tarde, las crisis económicas... Mea culpa por las excusas. Quizá fuera el sentimiento añadido de derrota, de nula gratificación, lo que me había ido arrastrando hacia la soledad. Sentía que únicamente en soledad no confrontaba con nadie, únicamente en soledad no me veía en desventaja, acomplejado. En mis peores momentos me daba por considerarme un farsante, un usurpador que estuviese llevando una vida de espejismos que se debía sólo a un azar favorable porque en realidad era la mía una vida fraudulenta que no me correspondía. Así que sólo el refugio de la ficción, escrita o visual, me redimía transitoriamente de mis miedos, del desencanto que crecía y crecía en mi interior como célula tumoral.

Me encargué y me encargo de cuidar mayormente a nuestros hijos, incluidas sus actividades extraescolares, el fútbol uno, la música el otro. Como por entonces yo seguía ganando mucho menos dinero que mi mujer, con el nacimiento del segundo hijo decidimos que yo pediría la reducción de jornada laboral, reducción que mantuve durante una década. A pesar de mi evidente vulnerabilidad económica, jugaba a mi favor la baza de que sólo en este aspecto continuaba siendo imprescindible. Como si de un producto financiero se tratase, a mi mujer le compensaba el rédito de mantener nuestra relación. O al menos eso había creído hasta ahora.

Se ha escrito y filmado tanto, por narcisismo o simple desahogo, sobre la ruptura de la pareja, el fiasco sentimental, el desgaste amoroso, que no sé por qué lo hago yo aquí. Tampoco creo que me vaya a servir para arreglar nada, y, lejos de aliviarme, a veces me sume en una angustia más profunda. No hacía mucho que habíamos visto en una plataforma de cine *Tal como éramos*, una película del director de *Memorias de África*, en la que también aparecía Robert Redford, esta vez junto a Barbra Streisand, en una historia de amor de las de "ni contigo ni sin ti". Con cuánta esperanza y felicidad comenzaba todo y cómo se terminaba desmoronando inevitablemente. Quién sabe, quizá todo comience entre las sábanas. Eso que va dejando de suceder entre las sábanas. Ya no hay las ganas ni el interés de antaño. La predisposición es escasa, la receptividad casi nula. Será el cansancio, será la edad, serán las hormonas, seré yo. Porque mi mujer hace un mundo que ya no me busca; porque yo, salvando esas ocasiones en las que el deseo me desazona tanto que me da igual exponerme a una negativa, también he terminado por desistir. O esas otras veces en las que, llevado por mi pulsión sexual cuando no había sido apaciguada por el consumo privado de porno, ella

parece que consiente a mis requerimientos aunque sus maniobras están envueltas en una patraña lamentable. Considero el sexo una de las mejores formas, si no la mejor, de festejar la vida. Pocas cosas denotan que uno está realmente vivo como follar cuando se tiene la ocasión de hacerlo. Me resisto a darme por vencido. Observaba también la ironía sexual de que a comienzos del 19 a mi mujer sus amigas le regalaran por su cumpleaños un vibrador que estaba de moda tras una desmesurada y latosa campaña en los medios. ¿Y para qué? ¿A quién pretendía engañar mi mujer con su fatiga diaria y su libido malherida? ¿Paliar el cansancio o el aburrimiento sexual con la autosatisfacción de un artilugio mecánico? ¿Para eso había quedado, para mal masturbarse deprisa y corriendo?

“Al final tienes que aprender a resignarte un poco”. Me acuerdo a menudo de estas palabras que me dijo un primo mío fumando fuera del bar donde celebrábamos sus veinticinco años de casado con la canción *Felicita* de Al Bano y Romina Power sonando a todo volumen. Para él la clave era ésa. Porque yo le había preguntado, tanteándole, cuál había sido el secreto para durar tanto y, por lo que parecía, tan bien. Porque, reconozcámoslo, cualquier relación sentimental sería, aunque de natural volátil, normalmente nace con vocación de permanencia. *Tienes que aprender a resignarte un poco*. De eso iba la vida, entonces, de ir perdiendo, en todos los sentidos. Porque eso me ha parecido siempre la resignación: el arte del buen perder. “Pasado un tiempo”, añadió mi primo, “esa fiebre inicial, con su despreocupación y su jodienda constantes, se acaba transformando en otra cosa”. Añadió que la relación iba mudando, en todos los aspectos, que pretender que no vaya a ser así era un error colosal. “Simplemente bajáis de marcha, los dos. Es algo lógico, inevitable. Le pasa a todo el mundo. Porque ni tú ni ella sois las mismas personas. Y vuestras circunstancias tampoco son las mismas”. Sí, ahí llevaba razón. Como esas nimiedades que uno toleraba de mil amores (masticar, peerse y eructar sonoramente, los ronquidos, no recoger la toalla mojada cuando te duchas, no bajar la tapa del váter...) y que pasado del tiempo las encuentras fastidiosas y las censuras con un comentario áspero. “Otro asunto distinto es que esa relación que ha mutado te guste o no, la aceptes o no, o te siga interesando. Pero has de apechugar con ese cambio. No te queda otra. Si no, estamos jodidos. Y el que te diga lo contrario, primo, te está contando una milonga”. *The thrill is gone*, ya lo cantó el maestro B.B King, pero procuramos seguir adelante porque creemos que el esfuerzo aún merece la pena. Si la resignación es el tratamiento, no debería de costarme tanto, me digo a veces, pues una de las cosas que me ha caracterizado ha sido la de vivir con poca audacia, falta de coraje y ambición. Pero como casi todo el mundo cree merecerse más de lo que ha obtenido, antes o después llega el día en el que te das cuenta de que la vida es el malogro, total o parcial, de nuestras expectativas. De ahí quizá provenga ese inevitable y pertinaz *¿Esto es todo?* que me repite como si de una mala digestión se tratara.

Vita Brevis (2000), Rodrigo Leão

¿Por qué escucho a todas horas esta canción siendo un tipo aprensivo, lo que quiere decir también ridículo? *Vita Brevis* es un tema que me deja para el arrastre, pero al que también vuelvo una y otra y otra vez. Conocí a Rodrigo Leão cuando integraba el grupo portugués Madredeus, al que vi en un concierto en Santiago de Compostela en mi etapa universitaria. Con esta canción me asalta el pensamiento de una vida que se trunca súbitamente, de una muerte siempre cercana y al acecho. No sé por qué mi cerebro me putea con semejantes ideas de fallecimiento prematuro, de resultar agraciado en la lotería de cualquier tipo de cáncer o de ictus o de infarto fulminante de un día para otro. Vivo con inquietud, despechado, incompleto, tiendo a imaginarme desdichas y calamidades, y lo que es peor, a afligirme por ellas como un imbécil. Cuando leo acerca de un suceso funesto o me cuentan el deceso repentino de una persona joven se me queda un mal cuerpo que para qué. Con el paso de los años me han ido aquejando problemillas varios, pero nada por lo que deba preocuparme de momento. Tengo un dolor en la espalda leve pero casi permanente con el que me costaba lidiar, los antiestéticos juanetes (herencia paterna) me empezaban a fastidiar, y las cervicales, cuando me noto muy nervioso o estresado, me causan vértigos y mareos. También había periodos en los que me pasaba muchas noches desvelado sin causa aparente (momentos que aprovechaba para pensar en listas de escritores y novelas, de películas y directores, de jugadores de fútbol, etcétera, o a veces para fantasear con otros cuerpos femeninos; no conozco una práctica más eficaz con la que salir siempre indemne y airoso del *engaño erótico*), o durmiendo unas pocas horas con sueños extraños y recurrentes, como ése de las piezas dentales cariadas o que se me van cayendo. No sé si eso significa algo, no me he aventurado a consultarlo en internet. Y de postre el médico me ha recetado una pastilla que controla mi hipertensión, además de limitarme el café y el alcohol y de restringirme los embutidos y los salazones y de recomendarme que adelgace varios kilos y que deje el tabaco definitivamente. Estos son mis nuevos tiempos, lidiar con una tensión alta y una autoestima por los suelos. Conocidos varios me dan la barrila por todas partes con una serie interminable de actividades deportivas: pádel, nadar, montar en bici, pilates... Y hasta uno de ellos, aficionado a comer muchas manzanas y a la meditación, me recomendó los libros de un par de autores con cierto reconocimiento en este tema (Anthony de Mello y Pablo d'Ors) para que desarrollase mi espiritualidad. Le dije que no hacía falta, que uno encajaba con el estereotipo del carácter gallego (nacé en un pueblo al sur de la provincia de Orense), por lo que sobrellevaba de serie una buena porción de misticismo. Un amigo de la infancia me había encontrado en el último verano tan mustio, mi disforia debía de ser tan palmaria, que una noche de abuso alcohólico me dijo, tras escuchar mi retahíla de confidencias, si no tendría que buscar ayuda. Que me cueste soportarme a

mí mismo creo que todavía lo puedo tolerar; que la que ya no me soporte sea mi autosuficiente mujer adquiere ribetes de tragedia dadas mis personales circunstancias.

"El pasado late en mi interior como un segundo corazón", escribió John Banville en una de sus novelas. En mi caso ese segundo corazón bombea sangre que es un gusto y sus latidos no me benefician. Me pregunto si no estaré sucumbiendo al poder de la memoria, a su capacidad para adular y disolver nuestros recuerdos. Anhele vivir con mi mujer, con mis hijos, con mis amigos, con mi padre, en un tiempo que ya no existe. ¿Por eso me había tatuado en el antebrazo un reloj en mi cincuenta cumpleaños? Un reloj que era a la vez homenaje y recordatorio de *Time*, mi canción favorita de Pink Floyd. Su letra había sido premonitoria.

Me gustaría preguntarle a mi padre, ochenta y siete años, trabajador de la construcción jubilado que sufrió una posguerra terrible y más recientemente una angina de pecho, si él también pasó por esta sensación de constante incompreensión y perplejidad al enfrentar eso que unos llaman madurez y otros pesadumbre y apatía. Si a él también le asaltaban cada dos por tres pensamientos de muerte, la suya o la de sus seres queridos. Seguramente que me miraría con un punto de extrañeza, como si le estuviese hablando un marciano, y zanjaría el asunto con alguna de sus frases lapidarias y crípticas: "Hijo, estate a lo que hay que estar". Tal vez haya sido siempre así, en todas partes. De *Cuentos de Tokyo*, una de mis películas favoritas que trata de las relaciones paternofiliales, se me quedó grabado lo que una mujer le dice a otra al final: "La vida es decepcionante". "Sí, lo es con frecuencia", le contesta.

Por no sé qué asociación descabellada o fantasía delirante, tras un escrutinio exhaustivo de mi vida actual llegué a la conclusión de que sólo una enfermedad o un percance que requiriese convalecencia podría salvar momentáneamente nuestro matrimonio. Irracional y hasta lunático, durante algunas de esas noches en vela estuve pensando en la posibilidad de que un coche me atropellara en algún semáforo o un paso de cebra, en fingir un tropiezo y caerme por las escaleras del portal. Pero al final nunca hallaba el momento, me faltaban redaños, a quién quería engañar. Contaba a mi favor con que mi mujer es una persona piadosa y empática, paciente y buenista (antes de que el término cobrara ese matiz peyorativo), y esperaba que también lo fuera conmigo; pero a pesar de que *tenía* que confiar en su indulgencia y de que yo aún sigo queriéndola, lo más bonito que me dice últimamente, con su mejor cara de mala uva, es cómo he terminado convirtiéndome en un experto en fastidiar la alegría de los demás. Eso me duele, aunque quizá sea verdad. Hace ya tiempo que no hago honor a mi apellido.

En el más profundo silencio de la noche, en torno a las tres y media de la madrugada del miércoles 22 de enero de 2020, Aníbal Guai Dopico, enfundado en una vieja sudadera, fuma a oscuras acodado en la ventana de su salón del sexto piso. Al otro lado de la pared, su mujer duerme en la cama a pierna suelta. Sus hijos lo hacen en la habitación que comparten. Es una de esas noches insomnes de Aníbal, quizá propiciada por un percance de su hijo menor en el colegio. Se había peleado en el patio con otro alumno, y al preceptivo e inmediato castigo se añadía una reunión urgente con el tutor la próxima tarde para un contraste de versiones. Había hablado con su hijo, pero sólo pudo sacarle que él no había empezado la gresca, que se había limitado a repeler la agresión de uno de los imbéciles de la clase, imbécil además de matón; que sólo había usado la fuerza justa y necesaria para defenderse; que sólo había hecho lo que él, su padre, le había recomendado en numerosas ocasiones. Se refería su hijo a esa frase atribuida a Malcolm X de que la violencia defensiva no se podía considerar violencia sino inteligencia. Aunque lo que más le había sorprendido a Aníbal había sido la frialdad de su hijo, el que le importase poco o nada lo que la dirección del centro decidiera sobre él. Aníbal confiaba en que las aguas volvieran a su cauce.

Entre calada y calada al cigarrillo Aníbal se maravilla con el letargo de la ciudad a esa hora de la noche, al menos en los barrios alejados del centro; piensa en la envidiable placidez de esos momentos en los que todo el mundo duerme. Todos no, pues se percata de que en el edificio de enfrente, en el quinto piso, una luz se ha encendido tras las cortinas de una ventana con la persiana subida. Alguien se ha desvelado, alguien que se levanta a mear o a beber un poco de agua. Transcurren un par de minutos, Aníbal se dispone a cerrar la ventana cuando observa que se apaga la luz, que una mano corre las cortinas, que se abre la ventana de par en par, que alguien se asoma. La iluminación de una farola cercana permite a Aníbal distinguir difusamente la figura de una persona joven vestida de oscuro. Todo sucede luego muy rápido ante los ojos de Aníbal, aunque al mismo tiempo es como si lo estuviera contemplando a cámara lenta, como en un sueño, como en una alucinación. Hasta el pavoroso golpetazo final sobre el techo de una furgoneta aparcada en la calle.